



AVE MARIA

INTRODUCCIÓN

El Ave María (en Latín) es sin duda una de las más hermosas y familiares oraciones de la Iglesia Universal. Tú preguntas por qué recitamos esta oración si no se encuentra en la Biblia. Te sorprenderá saber, sin embargo, que en realidad el Ave María está muy enraizada en la Escritura.

Déjame decirte en primer lugar que la oración es por definición, un llamado, un grito, una plegaria o petición que se hace a Dios. No tiene que hallarse necesaria y explícitamente en la Biblia. La oración es siempre un diálogo con Dios y muchas de nuestras más atesoradas oraciones, incluyendo el Ave María, están ciertamente inspiradas por o encuentran su base en la Escritura.

Las palabras del Ave María son como sigue: “Alégrate María, llega de gracia, el Señor es contigo; bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.” Como puede reconocerse fácilmente, la oración puede ser dicha en dos partes, la primera siendo una salutación y la segunda una petición, un ruego serio y urgente.

¿Quién fue quien saludó a María diciendo, “Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo? No fue un Papa, un obispo o un líder de la iglesia; fue el arcángel Gabriel, el que “está delante de Dios” (Lucas 1:19). Lucas nos narra la espléndida y maravillosa historia de la Anunciación (Lucas 1:26-38). Aunque las traducciones pueden variar, no puede haber duda de que esta primera declaración o saludo en el Ave María, nos viene del Evangelio de Lucas. (Lucas 1:19). Gabriel dijo estas palabras y él era un mensajero enviado directamente por Dios.

Así pues, es sencillo ver cómo los primeros Cristianos adoptaron estas hermosas palabras del ángel tan pronto como la devoción a María surgió en la Iglesia.

La segunda parte del saludo también viene de la Escritura. Recordemos las palabras de Isabel cuando María la visitó. Cuando ella escuchó el saludo de María, Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó con gran voz, “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno (Lucas 1:42). Los Cristianos posteriormente añadieron el nombre de Jesús a efecto de identificar más exactamente que Él era “el fruto del seno de María.” Así, es evidente que la primera parte del Ave María está tomada directamente de las palabras que se encuentran en la Biblia, palabras pronunciadas por el ángel del Señor y por Isabel, la prima de María, quien también fue elegida por Dios para dar a luz a Juan el Bautista, el que prepararía el camino para el Salvador.

Algo más en la cuenta de la Visitación nos lleva a la segunda parte del Ave María, la cual dijimos es una petición. Sin embargo, lo primero que observamos es que esta parte inicia declarando que María es santa. De nuevo, vemos en el Evangelio de Lucas que la Bendita Virgen dice esto sobre sí misma en el Cántico o “Magnificat” – “desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (Lucas 1:48). La palabra “bienaventurada” y “santa” tienen el mismo significado.

Algo también muy interesante en la narración de Lucas es que él confirma que Isabel dice “y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?... ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lucas 1:45) La palabra griega para Señor es “Kyrios” y esta palabra es usada muchas veces en el Nuevo Testamento para referirse a Dios Padre (Lucas 1:6; Lucas 1:9; Lucas 1:11). Hay evidencia sustancial, por tanto, de que los creyentes en Cristo llegaron a reconocer a María como la Madre de Dios. Posteriormente la Iglesia, en el Concilio de Éfeso, declaró oficialmente esto en el año 431 DC.

Finalmente llegamos a la última parte, “ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.” Queriendo hacer del Ave María una verdadera oración, se añadió eventualmente una petición y así apareció en su forma completa a mediados del siglo dieciséis. El Ave María es sin duda una oración bíblicamente enraizada, una salutación y una petición a la Bendita Virgen por quien nació el Redentor de la humanidad. Es una oración de todos los Cristianos.

Ojalá que estas breves páginas te lleven a rezar con mayor devoción esta oración a la Virgen María

Felipe Santos, Salesiano/// Málaga-octubre-2006

COMENTARIO AL AVE MARÍA

Comparada con la historia del “Padrenuestro, del Dios te salve, María o Ave María” es mucho más compleja. Para el Padrenuestro, no hay problema aunque los Evangelios de Lucas y Mateo nos den dos expresiones un poco diferentes, refleja diversas formas de cómo la recitaban las primeras comunidades cristianas.

La historia del Ave María dura alrededor de 15 siglos, y no podemos seguirla al paso pues la conocemos mal. Pero tenemos bastantes puntos de reflexión para hacernos una idea exacta, aunque quede incompleta.

Hay que distinguir primera y netamente las dos partes de la oración: la primera bajo la forma de alabanza y la segunda bajo forma de súplica. La primera ha existido mucho tiempo sola. Es de ella de la que hablaremos en primer lugar.

La primera parte del Ave María: su génesis

A primera vista, se compone de dos pequeños extractos del Evangelio de Lucas: el saludo del ángel (1, 28) y la respuesta de Isabel a María (1, 42). Los solos nombres de Jesús y María se han añadido. Mirándolos más de cerca, las referencias parecen más complejas.

Bendita tú eres entre todas las mujeres : ¿quién habla?

¿Hay que poner estas palabras en boca de Isabel o en la del ángel, o en la de una y otro?

La mayoría de las ediciones actuales del Evangelio las atribuyen a Isabel. Pero la edición del Nuevo Testamento del Padre Merk las introduce en Lucas 1, 28, poniéndolas sin embargo entre paréntesis. En su comentario de san Lucas, el P. Lagrange escribía que la atribución a Gabriel tenía excelentes autoridades, pero son sospechosas de haber armonizado con el versículo 42. 42.

¿Cuáles son estas autoridades que ponen la bendición en boca del ángel? Desde la mitad del siglo II, el Protoevangelio de Santiago (11,1) y el *Diatessaron* de Tatiano. En el paso de los siglos II y III, Tertuliano en el Velo de las vírgenes, después en el siglo IV, Eusebio de Cesareaa. En el siglo IV, al comentar a Tatiano, Efrén de Siria subraya la doble bendición del ángel e Isabel : « E Isabel confirmó esta palabra,

diciendo una vez más : Eres bendita entre las mujeres ». San Ambrosio también conoce la atribución al ángel. Esta lección (= versión) se encuentra también en el *Código de Efrén del siglo V*, en el *Código Bezae* de los siglos V–VI, así como en el Siríaco y la Vulgata. Se la encuentra más tarde en la liturgia en uso en

Santa María la Antigua de Roma (en 650), así como en la liturgia bizantina.

¿Qué concluir? Es cierto que, aunque esta lección no es original, es muy antigua. Se ha subrayado que este mecanismo de memoria traduce la antigüedad más grande todavía del acercamiento de versículos evangélicos para la construcción de una fórmula de oración.

El nombre de María : usos variables

En el saludo del ángel, el nombre de María no se menciona.

Es la « llena de gracia » que es el nombre de María en los labios de Dios. Es muy difícil entender en qué momento de la historia se introdujo este nombre. Es probable que, desde el instante en que se empleó el saludo del ángel como oración, se le añadió « María».

El primer testimonio parece ser el *graffito* « Salve, María », escrito en griego en un muro cerca de la gruta de la Anunciación en Nazaret y que data de los siglos III-IV. El nombre de María se encuentran también en dos *ostraca* egipcios de los siglos VI-VII, en Ildefonso de Toledo en el siglo VII y en Pedro Damían en el siglo XI. Por el contrario, en el siglo VIII, Juan Damasceno predica mucho sobre la Anunciación repitiendo sin cesar: « Salve, llena de gracia », pero sin añadir nunca « María». Igualmente, el *Himno acatatista* (=a cantar sin sentarse), tan importante en la liturgia bizantina a partir del

siglo VIII al menos, que canta más de 150 veces « Salve », seguido de un título mariano — una verdadera letanía —, no dice nunca: « Salve, María», ni por otra parte: « Salve, llena de gracia», aunque toda la oración es un desarrollo del saludo de Gabriel. El nombre de María aparece una sola vez en una antigua introducción.

El uso litúrgica precoz

Es en la liturgia en donde se descubren las primeras fórmulas anunciadoras de la primera parte del *Ave Maria*.

En Oriente, la Liturgia de Santiago de los siglos IV-V canta « Salve, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de vientre, pues has engendrado al salvador de nuestras almas» (mismo texto en la Liturgia de san Marcos).

Los dos *ostraca* egipcios son los humildes testigos de lo que debía entenderse en las liturgias. Uno de ellos comienza por « Salve, llena de gracia, el Señor está contigo » y lleva , en las últimas líneas, « Salve, María». El segundo comienza por « Salve, María, llena de gracia » y lleva al dorso « Salve, llena de gracia, María; el Señor está contigo; bendita tú eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, pues has concebido a Cristo, el Hijo de Dios, el redentor de nuestras almas».

La fiesta bizantina de la Anunciación (en los siglos VI-VII), «que nos hace sin ninguna duda entrar mejor en la mariología bizantina» (L. Bouyer), contiene varios textos que expresan la fe de la Iglesia en el papel de María:

« Salve, toda bendita y llena de la gracia de Dios. Bendito sea el fruto divino e inmortal de tus entrañas, él que por ti concede al mundo entero su gran piedad.

« Salve, llena de gracia, el Señor está contigo; darás a luz al Hijo que procede del Padre antes de los siglos y salvará a su pueblo de sus ofensas.

« Salve, toda llena de gracia, el Señor está contigo; salve, virgen pura; salve, esposa no desposada; salve, Madre de vida; bendito es el fruto de tus entrañas ».

En el siglo VIII, Juan Damasceno tiene la fórmula litúrgica: « Salve, llena de gracia, el Señor está contigo. Bendita tú eres entre las mujeres y el fruto de tus entrañas es bendito ». Sólo faltan los nombres de María y Jesús.

En Occidente, la primera parte del *Ave Maria* se introduce en la liturgia latina en los siglos VI-VII, por el Papa san Gregorio Magno, o por algún otro personaje menos célebre. Se la encuentra en efecto en el canto del ofertorio del IV domingo de Adviento: *Ave Maria, gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui.*

Puede tratarse de un reemplazo del antiguo ofertorio del miércoles de las Téporas de invierno, el día en el que se leía el Evangelio de la Anunciación (las misas de los Cuatro – Tiempos están entre las más antiguas de la liturgia romana). Cualquiera que sea su origen, conviene subrayar que esta antífona no se termina nunca por « Jesús ».

La primera parte del *Ave Maria* es una oración usual en la Edad Media

A pesar de su introducción precoz en la liturgia, el *Ave Maria* tarda tiempo en popularizarse. Ciertamente, en el siglo VII, Ildefonso, obispo de Toledo,

Recita varias veces el *Ave Maria* en una visión, cuando se puso de rodillas. Pero se trata de un testimonio excepcional. De hecho, hay que aguardar al siglo XI para asegurarse, con el testimonio de san Pedro Damián († 1072), que el *Ave Maria* llega a ser una oración popular de favor. Cuenta que un clérigo recitaba cada día el *Ave Maria* hasta bendita tú entre las mujeres.

En el siglo XII, que conoce un gran esplendor de la piedad mariana, Amadea de Lausana, abad de la abadía cisterciense de Hautecombe († hacia 1159), es, parece, el primero en añadir el nombre de « Jesús ». Esta añadidura es quizá debida a la intención de introducir la doxología final de la homilía que termina así: « Te saludo, llena de gracia, el Señor está contigo, eres bendita entre todas las mujeres, y bendito el

fruto de tu vientre, Jesucristo, que es por encima de todas las cosas el Dios bendito por los siglos de los siglos ». En la misma época, un ermita de Hainaut, san Alberto, decía el *Ave Maria* haciendo cada día cien genuflexiones.

Es en París donde el Saludo angélico se prescribe por primera vez: en 1198, el obispo exhorta a la recitación del *Ave Maria* con el Padrenuestro y el Credo. Hacia 1210, los estatutos sinodales de París — que preparan las decisiones del gran concilio de Letrán IV de 1215 — invitan a todos los cristianos a aprender y a recitar el *Ave Maria*.

En adelante, a partir del siglo XIII, los puntos de reflexión se multiplican. He aquí algunos ejemplos. Hacia 1230, un capítulo general de Cartujos ruega a los orantes que enseñen a los novicios que recen el *Ave Maria*, además de Padrenuestro y del Credo. En 1261, un cartujo de la diócesis de Nevers « había resuelto en el fondo de su corazón ofrecer a la Virgen, durante el día y la noche, cien veces el *Ave* angélica seguido de la beatificación del fruto de su seno ». Es en un breviario de los Cartujos de la primera mitad del siglo XIV donde tiene lugar la primera aparición de la recitación del *Ave Maria* antes de las Horas.

Un compañero de santo Domingo murió teniendo en la mano un cordoncito de nudos que le servían para contar sus *Ave*. Recitaba millares al día. En 1266, el capítulo general de los

Dominicos pide a los hermanos que digan cada día el *Ave Maria* en número igual al del Padrenuestro en su oficio. Santo Tomás de Aquino († 1274) compone un corto comentario del *Ave Maria* hasta el *benedictus fructus ventris tui*. No es extraño que, desde 1277, no es extraño que las monjas de Gand, dirigidas por los Dominicos, reciten cada día tres veces las 50 el *Ave Maria*. Santa Mechtilde de Magdebourg († 1280), profundamente unida a la Orden dominica, recita cada día tres *Ave Maria* en honor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En el mismo momento, entre 1200 y 1250, en los países del norte de Europa, algunas campanas llevaban inscripciones como ésta: «El Maestro Santiago me ha hecho. Me ha dado a... para el alma de su querida esposa...Que Dios bendiga a aquel que me ha erigido. Te saludo, María, llena de gracia, el Señor está contigo. Eres bendita entre todas las mujeres».

El testimonio de santa Gertrudis de Helfta (1256–1302/3) es particularmente interesante, pues se ve cómo la devoción a la Virgen María prepara el uso del Rosario e incluye la súplica de la segunda parte del *Ave Maria*.

En la fiesta de la Anunciación, en el curso de la recitación del Invitatorio *Ave Maria*, « Gertrudis vio tres arroyos impetuosos brotar de su fuente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y correr en el corazón de la Virgen-Madre para subir con la misma rapidez a su fuente divina (...) En cada *Ave Maria* recitado devotamente por los fieles,

estos tres arroyos venían a rodear a la bienaventurada Virgen María, atravesando su corazón santo y subir hacia su fuente primera produciendo admirables efectos (...) Los fieles, al repetir este saludo, sienten renovarse en ellos todo el bien que les ha venido por el misterio de la Encarnación». Gertrudis aprende de María a recitar cada día de la octava de la Anunciación 45 *Ave Maria*, « en memoria de los días que el Señor creció en su seno».

Ya, al recitar esta primera parte *del Ave María*, Gertrudis comprende que hay que rezar los que sufren, por la perseverancia de los penitentes, por el perdón de los pecadores. En cada *Ave Maria*, había que añadir estas palabras, sacadas de la Carta a los Hebreos (1, 3) : « Jesús esplendor de la claridad paterna y figura de sus sustancia».

En la fiesta de la Asunción, Gertrudis, enferma, «no podía a pesar de su deseo de recitar tantas *Ave Maria* como los años que pasó la Virgen en la tierra ». En la Natividad de María, recita tantas *Ave Maria* como días de la presencia de María en el seno de su Madre. En Completas, « ofreció a la bienaventurada Virgen 150 *Ave Maria* (...) rogándole que se dignara asistirle en la hora de la muerte con toda su ternura materna». Por una joven difunta, todas las hermanas recitan el Salterio añadiendo después de cada Salmo un *Ave Maria*.

La recitación de la primera parte del *Ave Maria* se generalizó en Occidente a partir del siglo XI. En el siglo XIV, varios sínodos de los países nórdicos toman la misma medida que el sínodo parisino de 1210. Se trata quizá de apremiar a los recalcitrantes; se trata más seguramente de confirmar una práctica muy arraigada. Se tenía la costumbre de escuchar a los predicadores recitarla antes del sermón, se la grababa en las piedras y en las campanas de las iglesias, sobre todo la destinada a tocar el hielo, particularmente en los países nórdicos.

Salvo excepción (se ha visto la de Amadea de Lausana), la oración se detiene en *ventris tui*. El nombre de Jesús se omite. Según antiguos documentos, es el Papa Urbano IV (1261–1264) el que concedió una indulgencia por la añadidura del nombre de Jesucristo.

Luego esta cláusula se extenderá muy rápido al final del siglo XIV y en el siglo XV.

La segunda parte del *Ave Maria* : el grito de la súplica

Dom Capelle escribe: « Incoerciblemente, hacia la todopoderosa suplicante el pueblo cristiano lanza su grito cuando se dirige a María. No sabría contentarse con alabarla. Fue él quien hizo del *Ave Maria* la llamada de los pecadores».

Desde el siglo III, el *Sub tuum*, descubierto en griego en un papiro, es una oración de súplica a

María, Madre de Dios. En el siglo IV, san Agustín concluye un sermón rogando a María por las diferentes categorías de cristianos.

En la liturgia bizantina de la Anunciación, la alabanza y la súplica se mezclan: « Salve, llena de gracia. De ti nos viene la salvación, Cristo nuestro Dios quien, habiendo asumido nuestra naturaleza, la ha elevado a la altura suya. Rogadle que salve nuestras almas». En el siglo VIII, san Andrés de Creta habla de María « por la cual, los pecadores, recibimos el favor de la divinidad ».

En la *Divina Comedia*, Dante († 1321) escribe: « ...y al fruto de tus entrañas es a quien ruego que nos salve del mal, Jesucristo (...) Rogad por nosotros que nos perdone y nos dé la gracia de vivir de tal suerte aquí abajo que nos conceda el paraíso en nuestra muerte». Un poco más tarde, un breviario cartujo de 1350 aporta: *Sancta Maria, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis, Amen* y, en el siglo siguiente, san Bernardino de Siena, en un sermón sobre la Pasión, es el testigo de la fórmula: « Santa María, ruega por nosotros pecadores ».

Hacia el fin del siglo XIV se recita el *Ave Maria* en su versión larga, al menos en algunas regiones de Europa. Son los breviarios del siglo XVI (el de los Trinitarios de 1514, de los Franciscanos de 1525, Cartujos de 1562) los que dan una fórmula completa todavía en uso hoy.

Se introdujo en el breviario romano revisado, y editado por el Papa san Pío V en 1568.

Entre el saludo del ángel Gabriel y la consagración oficial del *Ave Maria*, hay una larga historia de más de 1500 años. Es el lento desarrollo de la oración mariana la que expresamos cuando, a lo largo de nuestra vida, desgranamos nuestros “Dios te salve, María”. Una palabra de san Gregorio de Nisa (siglo IV) puede servir de conclusión. En una homilía de Navidad, define el saludo del ángel como « las palabras de la mistagogia », es decir, de la iniciación al misterio de Dios.

Es decir que la oración del *Ave Maria* no es sencillamente un acto de piedad sino un acto de fe en el misterio de Dios con los hombres, inaugurado en el día de la Anunciación.
